

El yerberito moderno

Poesía y academia

Pablo Molinet

*Traigo yerba santa pa' la garganta
Traigo jeilimón pa' la hinchazón
Traigo abrecaminos pa' su destino*

EN LOS DISTANTES AÑOS 90, ACEPTÉ ACRÍTICAMENTE EL DICTADO de que “a escribir nadie te enseña” y su relato asociado: que el talento-en-estado-salvaje se impone una y otra vez a los melindres y mezquindades de los *literati* escolares. Hago poemas, práctica en la que dictado y relato tales gozaron de particular prestigio —cosa comprensible si, como puede sospecharse, surgieron de un movimiento encabezado por poetas, el romanticismo, y si se fortalecieron durante el siglo xx con el surrealismo, el estatuto concedido al llamado *art brut*, o las ideas *beatniks*—.

Entiendo que hoy día ese *dictum* y esa narración se han dejado de tomar en serio; la segunda es una caricatura arrogante y el primero una verdad a medias. Sin duda, escribir un texto literario es un asunto práctico, pragmático, como lo son nadar o ensamblar un mueble. Hay una serie de técnicas desarrolladas a lo largo de siglos para atacar una serie de problemas, y buena parte del trabajo consiste en la correcta identificación de un problema y la correcta ejecución de una técnica. Esto no se enseña ni se aprende fuera de la carpintería, la alberca o el papel. No obstante, este hecho —tan simple

o tan enigmático como todos lo que atañen a lo cognitivo— apenas y corresponde a una faceta del asunto.

Si a los veinte años cometí el pecado venial de sisear el adjetivo “académico” para desautorizar tal o cual aproximación a un problema literario, la penitencia ha consistido en que colegas de Letras persistan en volarme la cabeza con decenas de conversaciones fascinantes —más de una de ellas clave para mi trabajo—, cuyo denominador común es el poder de lo metódico en un campo, el de la literatura, plagado de arbitrariedades, ucases y meros juicios apresurados.

Esa, magnífica, no es la única herramienta que la Academia ofrece al ejercicio literario; procura también un desapego crítico elemental para la maduración de un escritor, pues tarde o temprano debe asumirse una visión impersonal y distanciada del texto propio en el universo enormísimo de los textos; sin ese desprendimiento, el crecimiento de una obra en proceso se paraliza.

La Academia, con su ojo inquisitivo, escéptico, puede ofrecer no sólo un asidero para ejecutar este movimiento interior, sino una ruta intelectual para conservar esa distancia.

Además, el claustro universitario otorga una perspectiva histórica y unas herramientas críticas que previenen los rodeos, malentendidos y confusiones de la formación autodidacta, y con ello permiten ganar tiempo —y no me refiero a los plazos profesionales:



El poeta estadounidense Walt Whitman. (Fotografía: Photographische Gesellschaft / ullstein bild by Getty Images)

¡publicación! (tic-tac), ¡beca! (tic-tac), ¡premio! (tic-tac)—, sino a tiempo para escribir: no los textos de la emulación, o del histrionismo púber; los propios.

El poder del método, el desapego intelectual, las cartografías, debieran ser suficientes para dar por superada la partición entre elefante y zoólogo decretada por Jakobson.

¿No lo son? ¿O sí pero con asegunes? ¿O a veces sí y a veces no? ¿O cómo?

El terreno rebosa neblina. Conviene pues ir despacio.

Eso que Schiller divisó en 1788 como “Naturaleza desendiosada” (*entgötterte Natur*), y poco más de un siglo después Max Weber entendió como “desencantamiento [o desembrujo] del mundo” (*Entzauberung der Welt*), representó la obliteración de ciertas dimensiones de la experiencia humana, su relegamiento a los recintos de culto religioso, a los asentamientos indígenas, o al callejón de los charlatanes.

No obstante, esas mismas dimensiones fueron las que originaron las artes. Y éstas se opusieron a tal abolición en nombre de sus orígenes ceremoniales, y de su proximidad con la religión y la magia. Las artes se sublevaron bajo el estandarte romántico y, derrotadas,

quedaron en una posición ambigua. En cada una, el Desembrujo creó facciones escépticas y facciones místicas.

En el caso de la literatura, vale la pena recordar que tenemos dos géneros arcaicos, la poesía y el teatro; uno que no es precisamente recién llegado, la narrativa; y un hijo barbilampiño del siglo XVI, el ensayo. La proximidad histórica de cada género con el Desembrujo influirá en su asimilación de éste.

El Desembrujo, como toda violencia, dejó viudez y orfandad. La narrativa resolverá el problema de las dimensiones obliteradas mediante el recurso maestro de la fantasía. La dramaturgia las despojará de carga sobrenatural volviéndolas conflicto. El ensayo, mucho más joven, no tuvo bisabuelas brujas con las cuales lidiar. Todavía en 1922, año de las *Elegías de Duino*, la poesía batallaba con *beau geste* contra la clausura el cielo y el infierno.

Hoy día, en líneas generales, ensayos y narraciones, piezas de teatro y —subrayo— cierta poesía, pueden colocarse sin conflicto de este lado del Desembrujo; mediante ellas, la Persona Adulta de Occidente discute consigo misma sus terrores y pesadillas y obsesiones-fascinaciones —lo social, lo político, lo cultural, lo urbano, lo sexual—. Ese es el valor que la Modernidad le asignó al arte literario.

Empero, no hay dos narrativas —ni dos ensayísticas ni dos dramaturgias— como sí hay dos maneras de hacer poemas; la poesía se parece a la herbolaria en que fue condenada por supersticiosa y oscurantista. Que, en este momento, a cierta poesía o a cierta herbolaria se les extienda un salvoconducto académico para acceder a la Modernidad, no basta para alejar la sombra de esa condena: al mismo tiempo que la UNAM mantiene en línea una biblioteca de medicina tradicional, el yerberito transita bajo un sol de justicia repitiendo un pregón que atesoramos en tanto manifestación cultural pero no tomamos en serio.

Entre los modos actuales de escribir y leer poemas distingo cuatro grandes “núcleos”: hay unos marxistas que ponen su texto al servicio de la lucha de clases, y unos artistas contemporáneos que ponen su texto al

servicio del lenguaje; también unos sensibles que ponen su texto al servicio de sus personal *pathos*, y unos guardianes-continuadores que ponen su texto al servicio de la Tradición.¹

Política, lenguaje, subjetividad, canon son asuntos que Modernidad y Academia asumen como propios; si el colega dedicado a uno de esos giros se sirve de un factor irracional o intuitivo, éste ocupa una posición ancilar y acotada: no hay conflicto con el *mainframe* en el cual pensamos, conversamos, leemos. Estos “núcleos”, que tienden puentes hacia la Lingüística, la Filología, las Ciencias Sociales, representan el papel que la Historia les ha otorgado: son la herbolaria con salvoconducto.

Con ellos conviven maneras de escribir poesía que conceden a lo intuitivo y a lo irracional márgenes de acción tales que suponen pensamiento mágico; ya sea porque privilegian una espontaneidad que excluye el establecimiento de métodos, ya sea porque le conceden “vida” al texto, pues éste les “pide” cosas, o bien formula “leyes” que de algún modo se “revelan”, ya sea porque el mundo envía “señales” relativas al texto. Ya porque suponen que el texto se escribe cerca de y en comunicación con algún “misterio”. Ya porque relativizan la explicación material del mundo. Ya porque confieren estatuto de realidad a lo onírico. Ya porque albergan fervores metafísicos. Estos así carecen de salvoconducto; viajan en el morral del yerberito.

La Academia puede ejercer en ellos sus poderes analíticos y comparativos; descubrir patrones, señalar afinidades, trazar genealogías, pero hay una distancia tan infranqueable como la que media entre el antropólogo y los participantes de un mitote.

Fuera del claustro, colegas con y sin salvoconducto conviven en el estante de la librería, en el programa del festival, incluso en la nómina profesoral. El Desembrujo

¹ Esos cuatro núcleos dialogan, debaten, se repelen, se mezclan. A final de cuentas, los que sirven a la política y los que sirven al lenguaje son empáticos entre sí porque comparten el credo materialista; los cultores del *pathos* y los devotos de la Tradición suelen coincidir en su apego al lirismo, pero en un última instancia nada impide que, verbigracia, un devoto de la Tradición sirva al lenguaje con el lirismo.

no es, en este contexto, un accidente orográfico discernible desde cualquier distancia, sino lo opuesto, un gesto micro como la sonrisa sarcástica que, en un taller, despierta cierta metáfora; y ese gesto —fútil, fugaz— contiene la grieta entre dos modos de escribir poemas.

En lo que al lector común compete, ¿hay diferencia entre ambas poesías? Sí, y llega a ser tan abismal como la que media entre un poeta sin salvoconducto, como Francisco Hernández, y otro con salvoconducto, como Eduardo Milán.

Para usar esa dicotomía perversa que priva en el medio, ¿es una de estas poesías “mejor” que la otra? No; mal que les pese a las facciones involucradas, ninguna de las dos prevalecerá sobre la otra: son complementarias.

Modernidad y Academia son hostiles a la clase de elección individual que supone ignorar un mandato tan terminante como el de desembrujar el mundo. No obstante, no puedo concebir una distopía en la cual unos profesores diabólicos persiguen a unos poetas beatíficos; la Universidad influirá benéficamente en cualquiera que sepa pedirselo.

¿Acertaba Jakobson? ¿Entre quien escribe y quien enseña Letras se abre la misma distancia que separa a un elefante de un zoólogo? No; Nabokov —como cualquier otro narrador moderno— no era un elefante, era un zoólogo de campo; los elefantes, en todo caso, eran Lolita y Humbert Humbert.

Varío la pregunta: ¿entre quien escribe poemas a contrapelo del Desembrujo y quien enseña Letras se abre la misma distancia que separa al yerberito moderno del químico farmacéutico? Sí. ¿Es eso un problema? No para fines de esta nota. Hay quien escribe poemas así y tiene un lugar en el claustro porque ha sabido representar ambos papeles.

El problema, irresoluble, es que el mundo no va a volver a la magia, y quienes se perciben más próximos a ésta que a la razón no van a dejar de hacerlo. ■■

Y con esa yerba se casa usted

Y con esa yerba se casa usted.